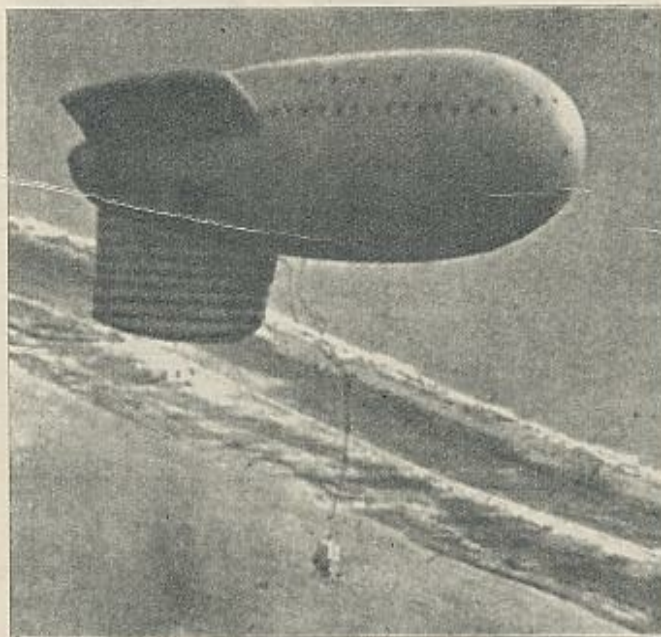


## LA BOMBA ATÓMICA ¿ES UNA SEGURIDAD O UN PELIGRO PARA QUIEN LA TIENE?

Es posible pensar que la ola de protestas internacionales y nacionales que ha precedido y seguido a la explosión atómica francesa de Mururoa, incluyendo la ruptura de relación del Perú, favorezca más que perjudique las intenciones de París. La bomba atómica no es ciertamente el tigre de papel que decía Mao, pero sí el papel impreso, la opinión pública, las voces de alarma, los peligros reales o supuestos que se atribuyen al ensayo, forman parte importante de su capacidad de «disuasión», que es el fin estratégico que los franceses dicen tener. Es, salvando todas las respetables distancias, la táctica del matón de taberna: si se habla de él, de su carácter odioso, de su decisión de llegar a cualquier extremo, de la navaja que lleva en el bolsillo o del garrote que oculta debajo de la mesa, habrá ganado peleas sin que se produzcan. La bomba ensayada era, según los técnicos, un simple fulminante, un percutor para bombas de hidrógeno. Los verdaderos ensayos vendrán después.

¿Cuál es la verdadera potencia nuclear francesa? Según las informaciones que la misma Francia difunde o deja difundir, tiene 36 bombas de 70 kilotoneladas (tres veces superiores a la de Hiroshima) a bordo de otros tantos aviones «Mirage» diseminados por el territorio nacional, 18 bombas de 150 kilotoneladas situadas en misiles ocultos en silos de Provenza, dos bombas de 450 kilotoneladas a bordo de sumergibles nucleares y un número indeterminado de bombas atómicas tácticas de 15 kilotoneladas. La comparación de este arsenal con respecto a los de las dos grandes potencias es irrisoria. Solamente en el año 1968 se atribuía a los Estados Unidos una fuerza nuclear de bombas de hidrógeno de más de 1.000 misiles de 10.000 a 14.000 kilómetros de alcance, 75 unidades de lanzamiento de IRBM, 41 submarinos atómicos dotados cada uno de 16 misiles «Polaris», 575 bombarderos equipados 495 de ellos con bombas de 24 megatoneladas y 80 con bombas de 13 megatoneladas. (La kilotonelada, en que se miden las bombas francesas, equivale a mil toneladas de trinitrotolueno; la megatonelada, en que se miden las bombas soviéticas y de Estados Unidos, a un millón de toneladas de TNT.) La potencia militar soviética, desde el punto de vista nuclear, es sensiblemente la misma. No se estima que desde 1968



La bomba nuclear francesa, suspendida del globo sobre Mururoa, poco antes de la explosión.

hasta ahora haya aumentado exageradamente el número de armas, pero sí su calidad: su capacidad de puntería, su sistema para burlar los mecanismos de defensa, los ABM, que, a su vez, han llegado a formar un escudo de protección nuclear bastante considerable.

Esta inmensa diferencia no importa realmente a Francia, precisamente por la estrategia de «disuasión» que fue inventada —o apadrinada— por el general De Gaulle. La idea consiste en que aun siendo pequeña, la capacidad nuclear de Francia es suficiente para causar destrozos de inmensa consideración en cualquier supuesto atacante, aunque éste tenga una fuerza mucho mayor; por lo tanto, se abstendrá de atacar. Hay un pensamiento radicalmente opuesto: por el simple hecho de tener esta fuerza nuclear, Francia entera está expuesta a la destrucción como no lo está ninguna de las naciones del continente, a excepción de las que almacenen bombas nucleares, suyas o ajenas. En un caso de guerra o de inminencia de guerra, el presunto enemigo —fuese la URSS, fuese los Estados Unidos— atacaría inmediatamente a Francia, sin dejarla tiempo para asomar sus dientes atómicos, y la destruiría enteramente. Dicen estos técnicos

del apocalipsis que bastarían cuatro bombas de hidrógeno que estallaran sobre Francia, a una altura determinada y en lugares estudiados, para que toda vida se extinguiese en el país. No habría tiempo ni lugar para la disuasión. Entre los que opinan así hay militares de alta graduación, como el general De la Bollardière, que ha sido arrestado e internado en un hospital militar por exponer sus pensamientos estratégicos y por participar de una manera activa en la campaña contra la bomba.

El Gobierno francés es duro para

los que han construido Francia, sino los franceses...». Pero ninguno prevalecerá: fue De Gaulle quien inició la política atómica, y sus seguidores la continuarán.

Es posible recordar algún párrafo del propio De Gaulle a propósito de la bomba atómica cuando quienes la tenían eran los otros. De Gaulle se indignó del ensayo atómico de los Estados Unidos en el atolón de Bikini, y escribió una carta a Albert Camus: «La civilización mecánica ha llegado a su último grado de barbarie... Y he aquí que tenemos locuras que sobrepasan la medida. Nuestro siglo se ha vuelto loco».

¿Es una muestra de que la locura es contagiosa la serie de ensayos atómicos que Francia ha comenzado en el atolón de Mururoa? ¿Lo es que un ministro de Defensa indique que la construcción de la bomba atómica es un inicio de cultura y de capacidad productiva? Este tipo de cuestiones, y otras muchas de carácter militar, económico, teológico, cultural, moral, forman parte de un gran debate que se está desarrollando no sólo en Francia, sino en todo el mundo. Al mismo tiempo, forman parte de la propia campaña francesa de «disuasión»: hablar del carácter terrorífico no sólo de la bomba, sino de su simple fulminante, que puede contaminar las aguas del Pacífico, inutilizar la pesca, llevar partículas radiactivas con el viento o la lluvia a otras zonas del planeta, y a la que se atribuye incluso un grave accidente de aviación en la zona (en primer lugar, volaron en pedazos los cristales del parabrisas del aparato, y no se sabe por qué), es dar mayor importancia a este arma.

Pueden considerarse hipócritas las conversaciones para limitación de armas nucleares (SALT) entre la URSS y los Estados Unidos desde el momento en que ninguna de las dos naciones va a prescindir de su arsenal, sino a no acrecentarlo por razones económicas; también el tratado de Moscú, que impide la continuación de ensayos nucleares en la atmósfera para evitar la contaminación, puesto que se continúan regularmente en lugares subterráneos (la URSS hizo estallar una bomba subterránea el mismo día 23 en Semipalatinsk, Siberia), y las conversaciones de desarme nuclear de Ginebra, a las que Francia y China no asisten; digamos que se trata de una hipocresía que avanza en un sentido determinado, y no es negativo, mientras la insistencia de Francia y de China (cuyas bombas, al parecer, son ya mucho más operativas que las francesas, y cuyo territorio sería prácticamente imposible de aniquilar) va en el sentido inverso, en el negativo. Pero se puede tener la seguridad que mientras el actual Gobierno esté en el poder no habrá fuerza internacional ni nacional suficiente como para disuadirle de la disuasión. ■ JUAN ALDEBARAN.